

EXTRACTOS DE LA TIERRA DE LOS SUEÑOS EN LLAMAS

William

No era bueno cuando empezaron los problemas. Tampoco era especialmente malo, pero tenía potencial. Verás, en 1921 Tulsa era una ciudad donde los chicos como yo vagaban libremente. La Ley Seca hizo que la cerveza Choctaw y el whisky de maíz fueran más tentadores que nunca, y el alcohol no era ni de lejos el peor vicio disponible.

Mi amigo Cletus Hayes creció en una casa a dos puertas de la mía. Su padre era un ejecutivo bancario arrogante con un flamante Cadillac y amigos en el ayuntamiento. Sólo por esa razón, mamá y papá solían dejar pasar el don de Clete para las travesuras. Él y yo nos llevábamos bien el ochenta por ciento del tiempo, y nos hacíamos compañía mutuamente.

Una cosa en la que siempre estuvimos de acuerdo era que portarse mal era mejor de a dos. Muchas de los grupos de peones que recorrían las calles de Tulsa nos hubieran acogido, pero siempre pensé que los dos estábamos lo suficientemente malcriados y quizá hasta éramos lo suficientemente inteligentes como para saber la diferencia entre ser penderciero y causar un daño real. Esos grupos estaban repletos de jóvenes desempleados que habían vuelto de la Gran Guerra y que habían llegado a Oklahoma en busca de trabajo tras el descubrimiento del yacimiento petrolífero de Glenn Pool. Habían visto cosas malas, habían hecho algunas ellos mismos, y les gustaba presumir ante los locales. El problema era que los locales intentaban superarlos, los peones llevaban las cosas un poco más lejos y, al final, siempre alguien pasaba la noche en la cárcel. Por eso Clete y yo nos manteníamos al margen. No éramos ángeles, pero tampoco estábamos curtidos ni éramos huecos. Por supuesto, incluso los chicos más o menos buenos como nosotros nos desviamos del camino correcto de vez en cuando. Algunos más que otros.

Sólo tenía diecisiete años, pero tenía los hombros y la barba de un hombre adulto. La verdad, más de una chica de la Escuela Preparatoria Central de Tulsa me había echado el ojo. Sin embargo, ninguna de ellas tenía posibilidades; Adeline Dobbs me había robado el corazón en segundo grado, y el hecho de que fuera un año mayor y la chica más

guapa del colegio no mermaba en absoluto mis esperanzas de conquistarla.

(Latham, 2017, p. 9-11)

Rowan

Nadie camina en Tulsa. Al menos, no para llegar a ninguna parte. El petróleo construyó nuestras casas, pavimentó nuestras calles y nos convirtió de una parada en un pueblo de vacas del ferrocarril Frisco en el corazón de la Ruta 66. Mi profesor de Historia de Oklahoma de noveno grado bromeaba diciendo que por estos lares, caminar es un sacrilegio. Los verdaderos tulsanos conducen.

Pero hoy mi coche está destrozado y tengo una cita a las once y media con el fiscal del distrito en el juzgado del condado. Así que caminé.

Mamá y papá querían venir a casa a recogerme después de sus reuniones matutinas. Los convencí de que el paseo me ayudaría a despejar la cabeza, y así fue. Especialmente cuando llegué al lugar donde él murió.

(Latham, 2017, p. 1-2)

[...] Sinceramente, me preocupaba un poco que estar allí de nuevo me afectara. Así que, para mantener la calma, me imaginé cómo se debían ver las cosas la noche en que Will, Joseph y Ruby intentaron sobrevivir. Hay un viejo mapa de Tulsa en línea, con las calles por las que caminé para llegar aquí. En 1921, el río Arkansas las cortaba hacia el sur, al igual que hoy. Pero en ese momento llegaban hacia el norte, hacia los árboles, los campos y las granjas. Ahora no hay granjas, sólo carreteras y hormigón.

Probablemente era más tranquilo hace cien años, pero eso no significa necesariamente que fuera mejor. Ahora entiendo que la historia sólo avanza en línea recta cuando aprendemos de ella. De lo contrario, se repiten los mismos errores una y otra vez.

Por eso estoy aquí, con una de las faldas formales hasta la rodilla de mamá, sentada en un banco cerca del juzgado, esperando para contarle al fiscal lo que pasó. Quiero evitar sólo una de esas repeticiones. Porque

*es como dice Geneva: los muertos siempre tienen historias que contar.
Sólo necesitan que los vivos les escuchen.*

(Latham, 2017, p. 2)

Fuente: Latham, J. (2017). *La tierra de los sueños en llamas*. Nueva York: NY: Little, Brown, and Company.